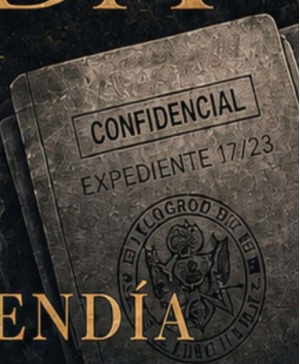


LOGROÑO
CIUDAD DE
LOS MILAGROS

LA LÍNEA DELGADA

Thriller de ficción y suspense



IVÁN CARBONERO MENDÍA

LA LINEA DELGADA

Thriller de ficción y suspense

Iván Carbonero Mendía

9Norte/PS09



LA LINEA DELGADA

Primera edición: 2026

© del texto: Iván Carbonero Mendía, 2026

© de esta edición: PSo9 S.L. – Sello editorial 9Norte, 2026

ISBN: 978-84-125613-3-3

Depósito Legal: LR 750-2026

Publicado por PSo9 S.L.

Sello editorial 9Norte

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, almacenamiento, distribución o transmisión total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual, conforme a los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, hechos, instituciones y situaciones descritos pertenecen al ámbito literario. Cualquier semejanza con personas o acontecimientos reales es mera coincidencia o responde a una recreación literaria.

Impreso en España

Printed in Spain

*A mi madre,
que guarda bien los secretos, incluso cuando duelen,
y sabe que algunas verdades necesitan tiempo para poder decirse.*

“Las posibilidades de que la verdad factual sobreviva al asalto del poder son muy escasas.”

Hannah Arendt

“La noción misma de verdad objetiva se está desvaneciendo del mundo.”

George Orwell

“El sistema está construido sobre mentiras. Funciona solo mientras la gente esté dispuesta a vivir dentro de la mentira.”

Václav Havel

ÍNDICE

Página del título

Derechos de autor

Dedicatoria

Epígrafe

Epígrafe

Epígrafe

PRÓLOGO

Capítulo 1 — 3:17

Capítulo 2 — Casullas negras

Capítulo 3 — Canción prohibida

Capítulo 4 — Mesa de doce

Capítulo 5 — La carpeta gris

Capítulo 6 — Vega

Capítulo 7 — Barral

Capítulo 8 — Nora

Capítulo 9 — La presidenta

Capítulo 10 — Piso franco

Capítulo 11 — El padre

Capítulo 12 — La fábrica

Capítulo 13 — El abogado

Capítulo 14 — Dos anillos

Capítulo 15 — El sobre

Capítulo 16 — El favor

Capítulo 17 — Barea

Capítulo 18 — La lista

Capítulo 19 — Sangre limpia

Capítulo 20 — La visita

Capítulo 21 — La hora

Capítulo 22 — Clínica privada

Capítulo 23 — Accidente

Capítulo 24 — Mateo Lara

Capítulo 25 — Caja de galletas

Capítulo 26 — El expediente de Nora

Capítulo 27 — Las cenizas no mienten

Capítulo 28 — Negociación

Capítulo 29 — El punto ciego

Capítulo 30 — El audio completo

Capítulo 31 — La alianza
Capítulo 32 — Piel (fase dos)
Capítulo 33 — Sala sin ventanas
Capítulo 34 — Duelo
Capítulo 35 — La corrección
Capítulo 36 — Zaragoza
Capítulo 37 — La ruta sucia
Capítulo 38 — La viuda provisional
Capítulo 39 — El que firma
Capítulo 40 — Seguro triple
Capítulo 41 — Custodia
Capítulo 42 — Santa Brígida
Capítulo 43 — La jueza
Capítulo 44 — La caja abierta
Capítulo 45 — Entrada y registro
Capítulo 46 — La mujer llave
Capítulo 47 — El profesor
Capítulo 48 — Falsa salida
Capítulo 49 — Tendencia
Capítulo 50 — Intercambio
Capítulo 51 — Declaración
Capítulo 52 — El aula vacía
Capítulo 53 — Puerta azul
Capítulo 54 — La línea delgada
Capítulo 55 — El paraguas
Capítulo 56 — El médico de guardia
Capítulo 57 — El editor extranjero
Capítulo 58 — Víspera
Capítulo 59 — El hombre sin nombre
Capítulo 60 — Ceniza en prime time
Capítulo 61 — Maite
Capítulo 62 — La segunda cinta
Capítulo 63 — El fiscal
Capítulo 64 — Frontera
Capítulo 65 — El testigo sin cara
Capítulo 66 — El precio de Valeria
Capítulo 67 — Puerta roja
Capítulo 68 — Lo que queda
Epílogo
Notas y glosario
Acerca del autor

PRÓLOGO

La puerta no tenía placa. Ni timbre. Ni un nombre al que agarrarse si algo salía mal.

En el pasillo olía a desinfectante y a prisa. Un olor de hospital que ya no era solo hospital: desde 2020, era un idioma.

Álvaro Sanz bajó la mascarilla un segundo. Notó el metal frío del pasamanos bajo la palma. El hombre del otro lado del corredor no miraba a las paredes; miraba a las cámaras.

Porque hay puertas que se abren con llaves.

Y hay puertas que se abren con silencio.

CAPÍTULO I — 3:17

A las 3:17 de la madrugada, el teléfono de Álvaro Sanz Echevarría vibró sin sonido.

No era raro que el teléfono vibrara; lo raro era el número. Un código de prefijo que no debería aparecerle nunca. Un código que, en teoría, solo existía en su agenda vieja, la que guardaba apagada en un cajón con llave, como se guarda una pistola: por si un día el mundo se volvía simple.

Álvaro abrió los ojos y se quedó inmóvil, escuchando la casa. El silencio de madrugada no era silencio: era una suma de respiraciones, de tuberías, de madera que cede. En la habitación contigua, Lucía murmuraba algo en sueños. En su lado de la cama, Clara dormía con la mano bajo la almohada, costumbre de quien ha aprendido a dormirse sin confiar del todo.

El teléfono volvió a vibrar. Esta vez, un segundo más largo. Como si insistiera.

Álvaro se incorporó sin encender la luz. El brillo de la pantalla le cortó la cara en dos.

LLAMADA ENTRANTE. NÚMERO OCULTO.

El pulgar le tembló un instante, lo justo para que se odie a sí mismo. La palabra "oculto" era un insulto personal: en su vida, nada estaba oculto, solo estaba archivado.

Deslizó para contestar.

—Dime.

Al otro lado, una respiración suave. Luego, una voz que no era voz. Era un susurro procesado, como si hablara desde dentro de una caja.

—Ya no te cubre nadie, Álvaro.

—¿Quién eres? —dijo, más por protocolo que por curiosidad.

—Tienes quince minutos para salir de casa. No llames a nadie. No enciendas nada. Si haces lo que sueles hacer, tus hijas verán tu nombre donde no debe.

—Zaragoza. Piso de siempre. Tercera planta. Puerta verde. Si no vienes, a las ocho y cinco sale una pieza. Si vienes, quizá haya trato.

La llamada se cortó.

Álvaro se levantó sin mirar a Clara. Sacó el móvil viejo, efectivo y una tarjeta sin nombre. Condujo hacia Zaragoza sin radio, con una prisa en la nuca.

Puerta verde. Tercera planta. La señal acordada.

Dentro, una carpeta gris con fotos de Irene, Clara y Lucía, tomadas demasiado cerca. Un folio: "SI QUIERES QUE SIGAN VIVAS, ESCUCHA."

Julián Barea entró sin anunciarse. Traje oscuro, colonia cara, sonrisa de tertulia.

Puso un móvil sobre la mesa. Audio en pausa: 02:14.

—Si este audio sale, no mueres en una celda. Mueres en la mirada de tus hijas.

—Quiero que entiendas el juego nuevo —dijo Barea—. Hasta hoy, tú creías que eras el tablero. Ahora eres una ficha.

Y lo dejó caer, como sentencia:

—En ambas opciones, desapareces. Tú decides el tipo de fantasma que serás.

CAPÍTULO 2 — CASULLAS NEGRAS

El uniforme le quedaba grande, pero el miedo le quedaba exacto.

Álvaro Sanz aprendió pronto que la pobreza no siempre huele a hambre. A veces huele a ropa limpia planchada de madrugada, a zapatos heredados con betún reciente y a colonia barata puesta con dignidad. Su madre, Maite, se levantaba antes de que amaneciera para entrar en la fábrica. Su padre, Rafael, volvía de carretera con libros subrayados, la voz cansada y la obstinación absurda de quien todavía cree que estudiar salva.

El colegio de curas tenía pasillos largos y suelo encerado. En invierno, las ventanas sudaban por dentro. Las casullas negras cruzaban el patio como sombras con permiso, y los niños aprendían a distinguir el poder por el ruido de los zapatos: los de los alumnos corrían, los de los profesores medían.

—Sanz.

Álvaro se detuvo en mitad del pasillo. El padre Olmedo no levantó la voz. No hacía falta. Tenía ese tipo de autoridad que no necesita volumen porque ya ocupa la habitación antes de entrar.

—Sí, padre.

El cura le puso una mano en el hombro. Una mano pesada, fría, demasiado quieta.

—Tu familia no debería olvidar que estás aquí por una beca.

No dijo pobre. No dijo favor. No dijo obediencia. Pero Álvaro oyó las tres palabras como si las hubieran escrito en la pared. Miró al suelo. Los zapatos brillaban, pero la suela estaba gastada. Pensó que aquello también se vería desde arriba.

—No lo olvidamos —respondió.

El padre Olmedo sonrió con una paciencia que no era bondad.

—Eso espero. Los favores, hijo, son como las deudas: se heredan si uno no sabe pagarlos a tiempo.

Aquella tarde, al volver a casa, Álvaro no contó nada. Maite estaba en la cocina, con el delantal puesto y los ojos rojos de sueño. Rafael corregía ejercicios en la mesa del comedor. En la radio sonaba una canción baja, casi escondida, una de esas que su padre apagaba cuando alguien llamaba al timbre.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó Rafael.

—Bien.

Maite lo miró desde la encimera. Las madres no necesitan informes para detectar una mentira; les basta el modo en que un hijo cuelga la mochila.

—No te acostumbres a tragarte las cosas —dijo ella—. Se quedan dentro.

. . .

La lectura continúa en la edición completa.